

Larisa Zerbino

“LA CASA DE JABÓN, ETNOGRAFÍA SOBRE UNA CÁRCEL BOLIVIANA” DE FRANCESCA CERBINI.

LARISA ZERBINO



Forma de citar: Zerbino, L. (2025). “La casa de jabón. Etnografía sobre una cárcel boliviana” de Francesca Cerbini. *Prisiones. Revista electrónica del Centro de Estudios de Ejecución Penal*, 1 (7), 139-148.

Versión final: 03-09-2025 | Aprobado: 05-09-2025 | Publicado en línea: 17-09-2025



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Larisa Zerbino**“LA CASA DE JABÓN, ETNOGRAFÍA SOBRE UNA CÁRCEL BOLIVIANA” DE FRANCESCA CERBINI.****Larisa Zerbino**

En aquella cursada sobre la etnografía antropológica, leí por primera vez “La casa de jabón”; la misión para esta abogada que navega el campo de las ciencias sociales era analizar la forma en la que el enfoque antropológico era propuesto en el texto: la pregunta antropológica, la construcción del objeto, el lugar del investigador, las particularidades del trabajo de campo, la perspectiva de los actores, el lugar de los contextos y las dimensiones analíticas comprometidas. Con esa misión entre manos, empecé a leer “La casa de jabón, etnografía sobre una cárcel Boliviana” en busca de esas preguntas y descubrí un mundo carcelario parecido a nuestras cárceles pero diferentes en algunos aspectos.

La autora - una italiana haciendo una etnografía en Latinoamérica como trabajo de campo en su tesis doctoral- se acerca a los presos de la cárcel de San Pedro para descubrir y explicar lógicas culturales de esa comunidad. El relato en cuestión comienza con la autora mirando por una “mirilla”, parece una metáfora, en la que Cerbini - totalmente ajena a ese mundo- mira desde afuera un mundo para ella desconocido, la cárcel y los presos. Desde esa mirilla real y también simbólica, descubrirá aspectos de la vida social y el mundo - real y simbólico- de las personas detenidas allí, a través de su mirada, los objetos sociales - en este caso los presos de esa cárcel, van contando sus historias. La cárcel de San Pedro está ubicada en el centro de La Paz, la capital Boliviana, es una prisión peculiar dado que está rodeada de edificaciones en el centro de la ciudad, a la que se puede llegar a pie.

Cerbini, comienza su etnografía preguntándose ¿de qué forma se reproduce esa microfísica de poder (Foucault) que por un lado transforma y por otro permite, en cautividad, el restablecimiento de ciertos roles sociales, el perpetuarse de ciertas ideas y convicciones sobre la aplastante y desgarradora realidad vivida? ¿De qué manera se incorpora en la vida de los reclusos aquella violencia sutil, aquella vigilancia invisible y capilar sobre la vida de cada preso, que le obliga tal y como sucede en el mundo externo, a no poder levantar la cabeza, mejorar su situación, tener esperanzas al margen de las dificultades objetivas que la reclusión conlleva? ¿De qué manera los sujetos involucrados, a través de específicas construcciones culturales de su experiencia y vivencia de la cotidianidad de la cárcel de San Pedro, organizan y reproducen la sociedad en la que viven? ¿Cuáles son los signos, que en este especial contexto expresan el sufrimiento de la condición vivida y marcan el cuerpo del detenido y la narrativa sobre la experiencia cotidiana de la cárcel? ¿Según qué términos se desarrolla la búsqueda de sentido del mal padecido que permite dar un nombre y posiblemente un remedio al malestar, evocar la cura a partir de la comprensión del mal? Estas preguntas guían luego su tesis, pero también son el iceberg para descubrir situaciones inesperadas, los hallazgos en su tesis culminan siendo más ricos que sus preguntas principales.

Larisa Zerbino

En un primer momento del relato, se cuestiona sobre la salud en ese contexto de encierro y cómo se gestiona, construye su pregunta antropológica por el otro, el nosotros y el otro. Lo hace a través del diálogo, la escucha, la pregunta, las entrevistas, los saberes de los actores sociales - los protagonistas- de su pregunta antropológica. Estos saberes, que la autora intenta incorporar - y lo logra sobradamente- lo hace a través de la observación participante, a partir de esta técnica pregunta y genera una interacción con los actores sociales y los sujetos epistémicos. A través de esta técnica y las interacciones, ella reconoce desde dónde “observa”, específicamente menciona que su profunda “alteridad” como mujer, blanca, libre y europea, creó una barrera, una diferencia de estatus entre ella y los interlocutores, que nunca desapareció pero que se fue atenuando con el tiempo.

1. Los objetos/sujetos de la casa de jabón.

Para todos aquellos que intentamos hacer etnografías en lugares donde el dolor se puede oler, las impresiones que Cerbini plasma en su libro atraviesan los sentidos. Observa los objetos de su etnografía a través de sus relatos, toma los testimonios de varios actores que cuentan una situación particular. Reconstruye, el relato de los “autores” para explicar la autogestión del trabajo, la economía laboral en la cárcel y la sustentabilidad económica de los presos. Margarita Quispe, la esposa de uno de los presos, le explica la dinámica sobre el alojamiento y las familias junto con el detenido. En la cárcel de San Pedro, la familia puede alquilar una celda y quedarse con ellos, transcurrir los años de encierro juntos. Reconstruye la voz de Rodrigo Escobar, quien explica la cosmovisión sobre la justicia estatal y los rituales de la justicia divina. Cerbini, toma diferentes situaciones sociales en un mismo contexto -la cárcel de San Pedro-, en una circunstancia especial -el encierro- y hace un abordaje completo de diferentes temas transversales pero centrales: la economía, la explotación laboral, la cosmovisión andina sobre la justicia comunitaria y la justicia estatal, el consumo problemático de drogas, la situación habitacional y el esfuerzo para conseguir una celda decente, las familias que deciden vivir en la cárcel por temas económicos y hasta los factores de criminalización cuando recoge los relatos acerca de los “1008”, es decir los presos condenados por comercialización y transporte de estupefacientes.

También analiza la sobrepoblación carcelaria y la relación entre estas diferentes subpoblaciones, estos diferentes grupos de objetos/sujetos y sus dinámicas, “los taxis”, “los tisis”, “los auteros”, “las mujeres y los niños”, “los 1008”, “los violadores”, “los yatri”, “los evangélicos”. Reconstruye a través de las entrevistas, las dinámicas de estos actores que se diferencian marcadamente unos de otros, por ejemplo menciona a los “violadores”, relata cómo son tratados dentro de la cárcel en relación al delito por el que se encuentran condenados. A los “violadores”, sus compañeros le asignan roles relacionados a los estereotipos femeninos y les asignan la función de cocinar para todos los presos que habitan la cárcel. Esto no es visto como un trabajo sino como un castigo. Reproduce las palabras de los presos quienes le dicen que el castigo de violar una mujer es convertirse en una.

Por otra parte, hace un abordaje amplio cuando relata quiénes son los “1008” y se explora sobre las condiciones de criminalización de los presos condenados por

Larisa Zerbino

delitos relacionados a la ley de lucha contra el narcotráfico. Los presos condenados por esos delitos llevan a ese nombre porque es el número de la ley que los criminaliza, como una estampilla que recuerda las políticas públicas adoptadas por el estado Boliviano en relación a la persecución de estos delitos y la macropolítica impuesta por la DEA y los Estados Unidos.

La autora profundiza las preguntas que se hace al principio de su etnografía sobre cómo las personas privadas de libertad en esa cárcel “viven” la salud y la enfermedad entre los muros. Cerbini, a partir de cada microhistoria, relata cómo (no) se gestiona la salud penitenciaria, y resalta que sólo son atendidos por médicos extramuros aquellos que tienen dinero o son apoyados por sus familias económicamente, el acceso a la salud extramuros no es para todos igual y la salud no es un derecho que garantice la administración penitenciaria sino que es (auto) provista por cada familia. En su obra, sostiene que el análisis de la salud y la enfermedad tiene diferentes planos analíticos. Investiga el sistema sanitario y resalta los dichos de “Flores” un preso del lugar, que dice “al hospital van los que mueren”. Flores le comenta que es muy costoso el traslado al hospital, el tratamiento, los remedios y que por eso al hospital solo van los que mueren.

Por otra parte, también analiza profundamente quienes son las personas presas en la cárcel de San Pedro y comenta que la mayoría de éstos son campesinos aymaras que llevan consigo una cosmovisión andina, es decir que no creen en la biomedicina, la rechazan y tratan la salud y la enfermedad desde esa cosmovisión. Para los presos la salud no es algo prioritario, la enfermedad es parte de la condena y no conciben que esta sea efectiva si no es concebida con sufrimiento. En ese orden de ideas, Cerbini habla de la invisibilidad de los cuerpos como objeto de práctica social: “poner el cuerpo”. La condena no es sólo algo temporal sino que se transita con el cuerpo, los atraviesa. Las protestas, las huelgas de hambre, poner el cuerpo en la cárcel como un instrumento. Entiende que el cuerpo es una fuente de conocimiento, la relación del cuerpo, el encierro, las emociones, y como la condena en esos muros se hace “carne”, cómo se internaliza en los órganos. Cuenta que los presos le explican que a los dolores de cuerpo los denominan “carcelazo”: la angustia, la depresión. Le asignan un lugar físico, lo relatan como un dolor de corazón, otros como un problema con “la bilis”, y otros un dolor de cabeza: cada preso le asigna un lugar físico a su dolor espiritual.

La función del “Yatri” es para la autora como la del médico o el chamán, cura los males espirituales que se enquistan en el cuerpo. El “Yatri” trae el alma perdida o el ánimo perdido que causa la depresión en una persona. Muestra las prácticas sociales andinas en la cárcel como algo propio de la población que allí se encuentra. Esta misma “cosmovisión” es donde los sujetos buscan el sentido y las respuestas para su condena, la justicia y la sobrenaturalidad son dos cuestiones inseparables, los Yatris hacen rituales para acortar la reclusión y darle sentido al cautiverio, piden la libertad a la Pachamama. Concluye entonces que los Yatri tienen un papel muy importante en la población penitenciaria. Son quienes, a partir de sus saberes, le dan un sentido espiritual a esa condena que transitan y son quienes atienden esas dolencias.

Larisa Zerbino*II. El lugar de la investigadora.*

Cerbini se acerca a la cárcel de San Pedro para realizar su investigación de campo, observar a los actores sociales para su tesis de doctorado y lo hace desde la observación participante. La investigadora establece una relación con los actores/sujetos, explica que desde su alteridad - mujer, blanca, europea del medio libre- la recolección de datos a través de entrevistas eran difíciles al principio. La confianza de quienes ella observa es un puente que no logra cruzar rápidamente, sino que lo hace con su presencia y su corporalidad en la cárcel de San Pedro, cada día que transcurre. En definitiva, y como reflexión propia, las personas que transitan el encierro no confían en quiénes no “ponen el cuerpo” y resulta esta una exigencia justa de los actores/sujetos. La autora, entonces, se distancia de los objetos/sujetos, pero también se acerca y reconoce que tiene cierta empatía por los sujetos cuyas biografías - plasmadas en el libro- son una imagen viva de un modelo social indignante. Por momentos teme verse seducida por el “otro exótico” antropológico y acercarse desde una mirada estereotipada del “otro pobre”.

III. Las particularidades del trabajo de campo

Se ha escrito últimamente sobre la cárcel como campo de las investigaciones etnográficas y sobre las particularidades del trabajo de campo, sobre cómo hacer investigaciones en un entorno hostil y violento, en lugares de encierro que, en determinadas ocasiones resulta más o menos poroso. Quienes pretendemos realizar investigaciones en lugares de encierro estamos, muchas veces, determinados por las órdenes de la administración de turno para poder ingresar a la cárcel, o incluso realizar nuestras entrevistas con mayor o menor vigilancia de la administración penitenciaria.

La autora menciona, que no le ha sido fácil entrar a la cárcel de San Pedro, que la intermediación de unos amigos que integran una ONG en Italia posibilitó el ingreso. Una vez que logró sortear este obstáculo, Cerbini comienza a “recabar” datos sobre sus objetos/sujetos, reconstruir la experiencia y la perspectiva de la gente que está allí alojada. Las voces de los presos es lo que más intenta visibilizar la autora y lo relata de una forma muy clara cuando comenta que va “preguntando” y anotando todo en su libreta, todo lo que ve y todo lo que le cuentan. La autora relata las particularidades y vicisitudes del trabajo de campo y la metodología utilizada y cómo estas particularidades influyen en que se vaya alejando de esta metodología, en los términos de la entrevista, investigación e información. Y no acercarse a las autoridades penitenciarias, porque los presos “se sentían traicionados” cuando ella se acercaba a éstos. Los diálogos se convertían rápidamente en depositarios de quejas, lo que la colocaba en una posición intermedia entre los presos y la autoridad penitenciaria, teniendo que ser muy cuidadosa sobre la información que manejaba y como la transmitía. Esas tensiones son las que vive la autora en su campo de trabajo.

Posteriormente, relata - que de esa forma- la autora evita concentrarse en el adentro y el afuera y sólo limitó su investigación a las prácticas que se desprendían de la cotidianidad de la cárcel. Entiende que a partir de esa “independencia” antropológica se devela todo aquello “etnográficamente visible”: el lenguaje no oficial del cuerpo que

Larisa Zerbino

las historias de vidas y los sentimientos de los reclusos. Describe que más allá de la aparente “apertura” y a como ella “transitaba” dentro de la cárcel de San Pedro, este es un mundo “cerrado” donde las palabras estaban sometidas a ciertas reglas. Preguntar despertaba sospechas, preguntar a tales personas también y había ciertos temas de lo que no se podían hablar, pues eran tabú.

IV. La perspectiva de los actores

Cerbini, describe en su etnografía múltiples actores y perspectivas. A través de estos sujetos sociales, sus ambigüedades, lo que dicen y como lo dicen, reconstruye el entramado social de la cárcel de San Pedro. Un ejemplo de ello es cómo reconstruye la perspectiva de los presos alojados en “La Posta”. Éste es un sector al que acceden sólo los presos con una buena situación social y recursos económicos. Los presos que se alojaban en este sector se referían peyorativamente a quienes se alojan con los “tisis”, es decir aquellos con problemas de consumo de drogas. Los presos que se alojan en “La Posta” son aquellos que sólo se sienten seguros en este sector y vive como inseguro todo lo que sucede dentro de la cárcel de San Pedro. “De día no pasa nada, pero de noche es inseguro”, y relatan que el consumo de droga está permitido, que no hay seguridad de noche y que algunos presos de otro pabellón trabajan como seguridad interna. Luego, la autora utiliza estos relatos para reconstruir otros relatos acerca de la fabricación y venta de drogas dentro de la cárcel y su mercado ilegal.

Otra perspectiva que visibiliza es la de aquellos presos que acuden a los “Yatri” en busca de respuestas espirituales, acerca del sentido de estar allí, y el papel de la iglesia evangélica dentro de esa cárcel. También el testimonio de los presos que reciben la visita de sus familias y de los que no, y cómo esa dinámica afecta en la vida diaria, pues aquellos que son visitados por su familia, les acercan comida y dinero y quienes no, son abandonados sin posibilidad de comer otra comida que no sea la que cocinan allí y dormir en los pasillos, pues las celdas se alquilan y sin plata que le acerque la familia, no existe esa posibilidad. La espiritualidad rodea la cárcel junto al castigo, la enfermedad y la salud, la religión y la cosmovisión. Cerbini, muestra en “La cárcel de jabón” las miradas de las subpoblaciones, que dicen unos de otros, y cómo se reflejan en las miradas de uno y de otros, las “clases” dentro de la cárcel que los apareja a todos bajo la categoría de “presos”.

Muestra la ambigüedad de “los autores”, los presos que trabajan en la confección de autos de hojalata. Recoge varios testimonios de éstos, en los que cuentan las condiciones en las que trabajan. Comentan, que el trabajo consta de soldar partes de autos miniatura en sus celdas sin ventilación adecuada y ello les genera problemas en los pulmones.

Esta actividad es la más grande de la cárcel de San Pedro, emplea a muchas personas y se trabaja en condiciones pésimas. Por un lado, lo muestra como una herramienta de autogestión y una forma de solventar económicamente, pero por otro era un tema tabú, pues no se podía visualizar demasiado, ya que demuestra las condiciones en que se fabrican esos autos.

Desde esta perspectiva, comenta luego como (no) se gestiona el trabajo en contexto de encierro y que herramientas existen para que los presos puedan trabajar.

Larisa Zerbino

Relata que la administración penitenciaria no otorga plazas laborales sino que todos son emprendimientos autogestionados, de personas -que pueden ser otros presos o gente de afuera- que contratan a estos presos como obra barata. Las microhistorias relatadas son de gran utilidad para mostrar un contexto más amplio, cómo se gestionan la salud, el trabajo, las creencias católicas, la cosmovisión andina, el lugar que ocupa la justicia comunal y la justicia estatal, las dolencias corporales, las mujeres, los niños, la economía, la criminalización... todo el mundo que encierra la cárcel de San Pedro se representa a través de las diferentes perspectivas de los actores y sus acciones.

En definitiva, a partir de distintos sucesos particulares, construye diferentes dimensiones analíticas, recolecta los testimonios de los “auteros”, analiza el trabajo pauperizado, la economía autogestionada y lo relaciona con el cuerpo como herramienta de la visibilización de ese sufrimiento: la tos, los pulmones afectados, la enfermedad que se desarrolla por esa situación particular.

Margarita Quispe nos acerca a las razones por las que una mujer termina viviendo junto con su marido y sus hijos dentro de la cárcel. También habla de las vivencias de todas esas mujeres que quedan solas cuando sus esposos son condenados y privados de libertad, de cómo han de salir a trabajar y llevar la comida para darle de comer a sus hijos, y de cómo sienten ese desmembramiento familiar, la distancia hasta La Paz desde los pueblos campesinos. La carencia de medios económicos genera que muchos presos queden abandonados sin que nadie les vaya a visitar.

La autora se compromete con los contextos, es decir resalta la importancia de dónde vienen los que pueblan esta cárcel, cuáles son sus creencias, cómo son sus vidas y cómo estas vidas se reproducen en el “adentro”, generando un contexto que sostiene lo que relata. Cuando describe el contexto territorial, dice que la mayoría de los presos ahí son vecinos del lugar, campesinos, pobres, muchos desplazados por la economía. Que hablan lengua aymara y estas mismas circunstancias son las que no se modifican y se mantienen aún del otro lado de la reja.

Es en definitiva “La casa de jabón” una etnografía atrapante que logra mostrar fielmente la vida de los presos de la cárcel de San Pedro, una investigación sensible y justa con los relatos y vivencias que intenta transmitir, y que logra sobradamente para quiénes intentamos realizar investigaciones en entornos y lugares de encierro.

V. Un anexo de mi propia investigación.

Querido lector/a, en el diálogo que vas a leer los nombres mencionados son nombres ficticios con el objeto de proteger la identidad de las mujeres, como también así la unidad penitenciaria dónde se realizó. Se trata de una unidad penitenciaria de la Provincia de Buenos Aires, que aloja exclusivamente mujeres que son parte de mi trabajo de campo en mi tesis doctoral.

VI. “Las doñas y los ovillos de lana”.

Hacer una etnografía en tiempos de Covid, sin poder ir a la unidad penitenciaria resulta casi imposible, sin embargo gracias a la posibilidad de la tecnología, algunas veces pude hablar con “las doñas” para mi propia investigación.

Larisa Zerbino

Me acerqué como militante activa de los derechos humanos, a esta unidad a través de un dispositivo de gestión de conflictos en el que participo. Mi pregunta antropológica o mi objeto de estudio ronda el “cómo” las mujeres presas acceden a sus derechos, a diferencia de los hombres, y qué resistencias se crean alrededor de ese ejercicio. Cuando me comentaron sobre “las doñas” me causó curiosidad que mujeres de avanzada edad aún estuvieran presas (la mayoría están en arresto domiciliario por sus problemas de salud o por su avanzada edad) y le pedí a la oficial del Servicio Penitenciario que conozco que me facilitara una reunión con ellas, para entrevistarlas para mi trabajo de campo.

Me conecté un viernes por zoom. El dispositivo lo manejaba Daniela, del Servicio Penitenciario, y si bien no estaba en la reunión, siempre anduvo cerca por si “las doñas necesitaban algo”. Cuando prendí la cámara vi dos mujeres de entrada edad sentadas, chiquititas, una de ellas muy canosa con sus ovillos de lana. Me presenté, les pregunté sus nombres. Elena y Yoli, estaban expectantes y calladas, mucho no hablaron. Hasta que les pregunté sobre los ovillos de lana.

-¿Tejen?

-E: sí, tejo muñecos para mis nietos, tengo dos.

-Que bien, ¿qué edades tienen?

-E: uno tiene 3, el varoncito, la nena 10, la última vez que lo vi, el varón tenía 1 año. Cuesta venir hasta acá, vio.

-¿Cuesta plata?

-E: cuesta plata sí, estamos lejos vio, mi hija está sola con las dos criaturas y son de Morón, a mí me trajeron acá hace dos años, antes estaba en La Plata.

-Claro, es muy lejos, pero podés llamarlos y verlos por el celular, ¿no?

-E: No tengo celular, no sé leer, doña. No sé los números.

-Y: Yo tampoco sé leer, y acá no te enseñan.

Yoli vos le tejes a tus nietos?

Y: No, yo no tengo nietos, no tengo nadie.

¿Cómo aprendieron a tejer?

-E: Nos enseñó otra doña que se fue de libertad.

-Y: La rusa.

La rusa, les enseñó a las dos?

-E: Sí, la rusa sabía tejer bien.

¿Y qué otras actividades tienen para hacer ahí?

Y: Vamos al taller de literatura y tejemos.

-E: somos doñas vio, somos viejas, por ahí nos morimos acá dentro.

¿Tejen literatura?

Y: No sé leer yo, sólo tejo cuando las otras leen. La profe nos deja estar, sino ¿qué somos?

¿Qué son?

E: Yo tejo, eso me calma, porque yo no quiero pastillas, acá te dan pastillas para todo.

Y: Las pibas, las de 20 viven con la pastilla, esas son las que pelean con las infanto, nosotras somos doñas.

¿Y quién les da los ovillos de lana, esos que tienen ahí?

Larisa Zerbino

E: Nos trae el servicio acá, para que hagamos algo, para que estemos ocupadas.

Y: Nos traen y los guardamos, los ovillos de lanas. Porque así duran, porque si se terminan no tenemos que hacer.

E: No sé leer, yo.

¿Y te gustaría aprender a leer?

E: ¿Ya estoy grande? Yo estoy acá porque no sé leer, porque firmé algo que me dio un abogado y no sé

Y: Yo no quiero leer, yo quiero mi lana nomás. Que voy a hacer, para qué quiero leer. Si no tengo donde ir yo.

Hay que tener habilidad en las manos para tejer, yo no sé tejer.

E: A mí me duelen las manos, se me ponen duras. debe ser algo de huesos.

Yoli baja la mirada y se pone a tejer con un ovillo color Azul Francia.

¿Te vio un médico Elena?

E: Acá viene a veces, cuando me duele la celadora me da ibuprofeno.

Y: El médico vino hace dos meses, a mí me dolía mucho la espalda, y me dio ibuprofeno. Cuando me duele la espalda no se puede tejer, y ahí no sé qué hacer, ¿vio? porque me tengo que sentar y me duele la espalda y no se puede tejer.

¿Y vos Elena cuando tejes? ¿Solo en el taller de literatura?

E: Tejo todo el día yo, a la mañana tejo. Le pido a la Mari que me haga un mate, y tejo. Por acá, si no haces algo, te llega la depresión. Y yo estoy vieja, soy una doña, acá somos varias doñas. Muchas estamos acá porque no hay donde ir, otras porque hace mucho que están.

Mariela interrumpe y dice que necesitan la sala para otra actividad.

E: Nos tenemos que ir parece.

Y: Ya nos engoman.

Bueno, espero poder conectarme la próxima semana para que me cuenten cómo viene ese tejido.

E: Dale doctora.

Y: Sí.

Este pequeño diálogo entre Elena, Yoli y yo, me interpela algunas preguntas ¿qué significa el ovillo de lana para las doñas? ¿Cómo a través de una actividad como tejer, cuentan su padecimiento? ¿Qué diferencia a las doñas del resto de las mujeres encarceladas ahí?

El ovillo de lana es, para Elena y Yoli, eso que las mantiene activas y cuya corporalidad se manifiesta en la “depresión” o “desesperación” de no poder tejer como una forma de resistencia a otras opresiones y situaciones.

La falta de atención médica, la falta de visitas por la lejanía, la resistencia a la medicación compulsiva, la soledad, la aceptación del destino, el ovillo de lana que las une como una subpoblación, “las doñas”, diferenciándose de las jóvenes con problemas de consumo y las infantas.

El ovillo de lana las une y las diferencia del resto de la población femenina de ese lugar. El tejido como una actividad contenedora de esa angustia y de la falta de acceso a sus derechos.

Larisa Zerbino

A su vez, muestra su perspectiva sobre la dinámica cotidiana de esa cárcel de mujeres y cómo la actividad de tejer es lo que las “salva” de esa soledad del encierro. ¿Qué dicen de las otras mujeres? ¿Cómo se posicionan? ¿Cómo se gestiona la tercera edad en un contexto como el carcelario? ¿Cuáles serán las perspectivas de las otras doñas?

La gestión de la salud mental para las personas de la tercera edad encarceladas, ellas no quieren pastillas, solo quieren tejer. La criminalidad, entendida desde el prisma de una mujer analfabeta, la falta de acceso a la justicia por no saber leer.